

DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

Signos en las tramas de nuestra vida



<http://www.panyrosas.es/>

Maurice Giuliani, s.j., 1973:

Discernimiento de espíritus.

Revista Progressio. Publicación de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX).

Enero 1973, 42º año, nº 1: pp.13-17.

Discernimiento de espíritus¹

"El Espíritu de Dios habita en vosotros". Cuando uno se abre a su infinito misterio, ¿cómo no sentirse anonadado con estas palabras de San Pablo, que sin embargo no hacen sino expresar la realidad más sencilla de la fe cristiana?

- Por el Espíritu hemos sido hechos hijos de Dios, por él triunfamos al pecado, por él vivimos de la potencia de la resurrección que nos transforma de día a día.

No tenemos necesidad, para tener la experiencia de este Espíritu, que es la vida de nuestra vida, de introducciones complicadas, de suspensión en el dinamismo que nos constituye como ser humano o de tensión hacia un ideal que se aleja más allá de lo posible. No.

- El Espíritu habita en nosotros como una vida de otra clase que nuestro cuerpo, de nuestra inteligencia, de nuestro corazón;
- para nosotros que caminamos en la fe,
 - o es el sentido mismo de toda nuestra existencia humana,
 - o es el lazo que une todas las fuerzas de nuestra personalidad,
 - o es en nosotros el don de Dios que orienta nuestra libertad hacia la respuesta de amor total a aquel, que nos ha tomado para sí y que quiere que nos desarrollemos en él.
- Para reconocerlo, basta percibir en la plenitud de su sentido el momento presente que vivimos. Percibirlo como el lugar, o el tiempo, o el medio (todo esto no es más que imagen) de la presencia del Espíritu de Dios a través de todo nuestro ser humano.

En cada instante, nuestro destino se halla tejido de múltiples tramas:

- la salud de nuestro cuerpo,
- los dinamismos y las oscuridades de nuestro psiquismo,
- las exigencias del medio familiar,

¹ El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), cvxgalilea@gmail.com

- las responsabilidades profesionales,
- los compromisos que hemos de respetar, etc.

Todo esto forma la línea que sigue sin interrupción, o más bien el punto de equilibrio que recoge todas estas fuerzas y expresa nuestra fidelidad a Dios en el momento presente de su gracia.

En efecto se trata de un equilibrio. Pero este equilibrio es el encuentro de mil decisiones que repercuten las unas sobre las otras.

- Mi oración se puede prolongar o abreviar, cambiar de forma, según que mi salud o mis responsabilidades sociales lo permitan o lo aconsejen.
- Mi actividad apostólica en la Iglesia se debe desarrollar o restringir según que por ella la vida familiar sea ayudada o alterada.
- Una decisión que se me impone en un campo particular de mi vida sólo será justa cuando se hayan realizado las condiciones espirituales que me la han hecho tomar en la paz.

Podrían multiplicarse los ejemplos: Dios me llama en todo momento, pero a través de las situaciones múltiples, fragmentarias, a veces contradictorias en que me encuentro, es decir, en que su gracia me pone.

¿Cómo darle una respuesta que no sea la adhesión abstracta a una fórmula ni la aplicación de una resolución de ayer ya sobrepasada en la situación de hoy, sino la ofrenda de mi vida y de mi amor?

Lo que precede nos está mostrando la conducta que hemos de tener:

- descubrir la voluntad de Dios respecto de mí examinando el equilibrio espiritual en que se mantiene toda mi vida;
- juzgar la autenticidad de una decisión, aun mínima, con relación al conjunto de mis actividades y de las exigencias que debo satisfacer;
- rehusar todo exceso, aun objetivamente generoso, que sería causa de tensión o de endurecimiento interno;
- favorecer lo que aumenta en mí el gusto de las virtudes evangélicas, por la entrega de mí mismo y la preferencia dada a las vías de la pobreza y de la humildad escogidas por Cristo
 - o -siempre a condición de respetar la moderación,
 - o juzgando la repercusión que la orientación o la decisión tomada tendrán sobre mis formas psicológicas,
 - o sobre las personas con las cuales estoy unido de una manera o de otra,
 - o sobre el conjunto de este equilibrio que conserva toda mi vida en su paz y en su verdad.

Más aún, en la toma de conciencia de todas estas fuerzas interiores conjugadas, llego a descubrir que el presente forma parte de la larga historia, en el curso de la cual Dios me ha conducido.

Todos los datos de la situación presente se explican por lo que Dios ya me ha pedido; por las manifestaciones de su gracia en momentos privilegiados, cuyo, yo sentido se revela mejor a la memoria, esclarecida por el acontecimiento de hoy, y que no se había revelado cuando yo los viví con una conciencia aún oscura. "En este lugar estaba Dios y yo no lo sabía".

Entonces se descubre que esta pedagogía divina es siempre la misma, porque Dios es fiel a su amor:

- llamada repetida a ciertas exigencias de oración,
- apertura a las necesidades de la Iglesia,
- dominio de ciertos impulsos en la quietud, que permite purificar sin romper.

¡Cuántas veces el acontecimiento presente se ilumina al mismo tiempo que aparece la larga continuidad que la ha venido preparando con toques renovados de su gracia!

Tal vez hemos dicho lo suficiente para hacer sentir lo esencial. "Discernir" la voluntad de Dios, es decir reconocer a dónde nos lleva concretamente su Espíritu en cada momento de nuestra historia, es desde luego afinar en nosotros la sensibilidad espiritual que nos haga percibir lo presente divino a través de las múltiples fuerzas de lo presente de nuestra existencia humana:

- sentido y gusto de Dios,
- atención a su acción,
- acogida de todas las "mociones" de la gracia en el seno de una vida espiritual formada de numerosas fidelidades necesarias,
- aceptación de líneas que Dios traza en nuestro camino por las repetidas intervenciones de su amor a nosotros.

Decía que esta percepción de Dios a través de los efectos de su gracia en nosotros era lo esencial. Pero toda nuestra experiencia prueba abundantemente que esta percepción es oscura, a veces hasta cubierta de tinieblas.

- Oscuridad en todo el caminar, porque una etapa terminada desemboca en otra etapa aún desconocida; porque Dios no se revela sino para que le sigamos buscando.
- Pero además oscuridad nacida de nuestra misma libertad, que posee el extraño poder de rechazar la gracia de Dios y, por esto mismo, de turbar el juicio con el cual comenzábamos a ver adónde nos guiaba esta gracia.

Dios llama, pero he aquí que nuestro egoísmo nos persuade

- que la oración es una fatiga,
- o que es imposible en medio de nuestra actividad;
- que la paz de nuestro hogar no se aviene con compromisos al servicio de los demás;
- por el contrario, que estos compromisos deben a toda costa desenvolverse -y efectivamente se desenvuelven sin que caigamos en la cuenta de que estamos llevando nuestro hogar a su ruina espiritual. ¡También aquí, cuántos ejemplos podrían proponerse!

En efecto la acción de Dios en nosotros se puede entorpecer, esquivándola por cobardía, o acogiéndola pero con una generosidad que lleva al exceso hasta el punto de hacerla vana, al no hacer diferencia entre lo que ella es en nosotros y la manera con que la interpretamos a la luz de nuestros hábitos psicológicos o culturales.

Otras tantas ocasiones de "discernimiento de espíritus" o sea de descubrir lo que viene de Dios y lo que a ello se opone o lo oscurece por las limitaciones y rechazos de nuestra libertad – lo que llamamos el mal o el Malo.

Ya he indicado algunos de los criterios que ayudan a este discernimiento. Tal vez se resumen en algunas sencillas proposiciones, a partir de las cuales cada uno puede juzgar su experiencia y hacer la aplicación que tenga en cuenta a diversidad de los casos, puesto que se trata siempre de la historia más personal que haya, la de nuestras relaciones de amor para con Dios.

- El Espíritu de Dios obra siempre en nosotros para "constituir" o "construir" nuestro ser espiritual en su unidad y en su dinamismo; mientras que el mal es en nosotros fuente de división y de desequilibrio, en el plano espiritual, pero también lo más frecuentemente en el plano psicológico.
- El Espíritu de Dios hace que vengan a la luz, a la percepción consciente, todas las energías secretas que explican nuestros comportamientos y motivan nuestras decisiones; mientras que el mal espíritu contribuye a oscurecerlos y hacernos cada vez más impenetrables a nosotros mismos.
- El Espíritu de Dios libera en nosotros al deseo de trabajar en el Reino inaugurado por Cristo y de entregarnos a la obra de la Iglesia; mientras que el mal nos encierra en nosotros mismos y nos hace cada vez más insensibles a lo que está fuera del estrecho círculo de nuestras preocupaciones y de nuestras aficiones.

¿Razón última de esta oposición? Salta a la vista. Por un lado, Dios que hace que vivamos, porque es el Viviente; por el otro, el mal que mata, porque es la Muerte "homicida desde el principio", según la expresión del Señor Jesús que refiere San Juan.

El "discernimiento de los espíritus" no se hace, pues, como o por un golpe decisivo que podríamos intentar en un momento determinado, para saber si tal movimiento interior, tal llamamiento sentido, tal deseo generoso viene de Dios o, por el contrario nace al lado de él o contra él. Sino que se hace en nuestra historia viviente, interpretada en la fe, como la historia de las señales permanentes que Dios nos comunica en el secreto de nuestra conciencia y en la serie de los acontecimientos que nos atañen.

Los criterios que nos permiten "discernir" son precisamente los que permiten juzgar nuestra vida espiritual, en su desarrollo, en sus inhibiciones, en sus estancamientos o sus empujes.

No es posible disipar de un golpe y para siempre todas las ambigüedades porque el discernimiento recae sobre las "señales", cuya interpretación está ligada con la intensidad de nuestra fe, con la libertad interior que se adquiere por la "conversión" y crece en lucidez y en don: "bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios" obrando en su vida e invitándoles sin cesar a que pronuncien el "sí" que les haga entregarse cada vez más a su servicio.

Pero siempre es posible encontrar la humilde certeza de ser fiel actualmente a lo que Dios pide, cada vez que se trata de disipar una duda, de resolver un problema complejo, de escoger a través de los senderos de nuestro itinerario interior.

A medida que nuestra experiencia espiritual se enriquece y se purifica, percibimos señales más numerosas de la presencia de Dios en nosotros, comparamos más fácilmente a unas con las otras, hasta ver de señal en señal cómo se dibuja el rostro maravilloso de quien nos ama sin jamás mostrarse totalmente.

Finalmente, "discernir los espíritus" es formar el juicio que, con una misma mirada, por decirlo así, aparta y deshace lo que lleva el sello de la perversidad de la muerte y de la nada, y al mismo tiempo reconoce amorosamente las huellas que Dios deja en el alma de los que le buscan.

Pan y 🥖 Rosas